

**DAR A LEER****LO ABYECTO Y EL TERROR. UN ANÁLISIS DEL CUENTO “EL CHICO SUCIO” DE MARIANA ENRÍQUEZ****MARÍA FLORENCIA PUDDINGTON<sup>1</sup>****RESUMEN**

El trabajo ofrece un análisis del cuento “El chico sucio” de Mariana Enríquez desde la noción de abyección de Julia Kristeva. Se indaga en cómo el relato articula elementos del género del terror. En este sentido, se sostiene que lo abyecto funciona como una categoría estética y política porque permite evidenciar los temores, rechazos y tensiones de la sociedad urbana actual ante la amenaza de la exclusión social.

**PALABRAS CLAVE: TERROR- ABYECCIÓN-MARGINALIDAD**

El terror en Argentina es un género con una trayectoria incierta. Por muchas décadas se desarrolló subrepticamente, bajo otros géneros mejor valorados o más populares, como el fantástico o el policial. Sin embargo, en las últimas décadas, ha habido un llamativo interés por reconstruir su génesis y ampliar su desarrollo. En la actualidad, autores como Lamberti, Bazterrica o Enríquez revalorizaron el género y definieron una identidad propia para el terror local.

Aunque hay muchas formas de terror, la construcción de lo inquietante siempre incluye tanto elementos sociales como psicológicos. De acuerdo a Miguel Vedda, el terror argentino tiende a cuestionar con mayor profundidad la estructura social, en comparación con la obra de Stephen King. Este vínculo se manifiesta de diversas

---

<sup>1</sup> Profesora y licenciada en letras por la UBA. Trabaja como docente en los cursos de ingreso de la Universidad Tecnológica Nacional y en la Universidad Nacional General Sarmiento. Además brinda Talleres literarios y conduce Contratapas, un podcast de literatura. Mail de contacto [mfpuddington@gmail.com](mailto:mfpuddington@gmail.com)

formas: está en la tematización de la violencia de estado, de la explotación laboral, de la contaminación ambiental por uso de agroquímicos, por ejemplo.

Lo social como elemento constitutivo del terror se evidencia abiertamente en “El chico sucio” de Mariana Enríquez. Este cuento narra desde el punto de vista de una mujer de clase media que vive sola en el barrio de Constitución una serie de muertes de chicos sin hogar que tienen una explicación muy oscura. En este cuento, la elección del punto de vista es particularmente importante porque subraya constantemente los límites entre lo individual y lo colectivo.

Es por este vínculo con lo social y sus efectos de repulsión y horror, que resulta pertinente analizar este cuento desde la idea de abyección, un concepto propuesto por Julia Kristeva, que expresa esa sensación de rechazo por aquello que perturba la propia identidad. El análisis del cuento de Enríquez evidencia elementos de lo abyecto en el comportamiento de la protagonista frente a lo ajeno, cuestión que se presenta como marcas de las tensiones de clases sociales que conviven en la ciudad de Buenos Aires.

Para comenzar, es necesario definir el concepto de abyección propuesto por Julia Kristeva. Este intenta describir un cierto efecto de repulsión o desagrado que opera tanto en lo individual como en lo colectivo, porque se establece en los límites entre el Yo y lo Otro. Esa ambigüedad lo convierte en una herramienta útil para analizar las dinámicas entre individuos y permite comprender no solo la interioridad de las personas sino también la configuración cultural de la sociedad de la que forman parte, los tabúes y elementos sagrados que la componen. Un primer punto para comprender a qué refiere esta ambigüedad es que produce a la vez atracción y rechazo: es “algo rechazado del que uno no se separa” (1980, p. 11).

Esta condición se hace palpable desde el comienzo del cuento. En la voz narradora es fácil detectar su identidad de clase, y esa actitud ambivalente respecto de la marginalidad y la pobreza, en un contexto que no le es propio y en el que eligió vivir sin verse obligada a ello. Por otra parte, el espacio de la ciudad es el escenario propicio para pensar en esa convivencia conflictiva entre intereses opuestos. La aglomeración urbana estimula los contrastes, los subraya, los hace evidentes. La protagonista se muda a la casa heredada de su abuelo, en el barrio más peligroso de la ciudad, Constitución. La casa es una marca de posición social. Aspirar a tener una casa, contar con ella, es el reflejo de los valores de la clase media. Desde allí puede observar la vida cotidiana de sus vecinos más desfavorecidos, aprende el código del barrio, para moverse sin correr

riesgos. Pretende ser parte de un mundo que en realidad, no le pertenece. Así, se vuelve representante del “modo en que nuestros sectores medios contemplan, con esa mezcla de *fascinación* y *espanto* que es propia de todos los tabúes y de la experiencia elemental del asco, las formas de vida de los cabecitas negras” (Vedda, 2021, p. 247). En efecto, la narradora sabe que su presencia en esa parte de la ciudad es un acto desafiante, porque pertenece a otro mundo. A pesar de su supuesta audacia, hay algo que ocurre en el barrio que le está vedado. Algo que Sarita, una travesti joven que se cruza en la casa de la peluquera, no quiere contarle y que ella misma prefiere no saber: “No quiero escuchar las historias de terror del barrio, que son todas inverosímiles y creíbles al mismo tiempo...” (Enríquez, 2016, p. 14) Así, la protagonista que se declara rebelde, que pretende desafiar su identidad de clase tiene en claro, en realidad, cuál es límite de ese desafío.

Como contrapunto, el chico sucio se delinea –siempre desde la perspectiva de la narradora– como representante del mundo marginal que emerge en los bordes de la ciudad. El contacto con él desata la abyección, haciendo evidente que, como ya se dijo, la protagonista no termina realmente de franquear los límites de su identidad de clase. Cuando lo llama “chico sucio” deja en claro el asco y el rechazo que siente por él. A pesar de que intenta ayudarlo, el chico está lejos de ser el estereotipo de infante pícaro y juguetón de los comerciales: “Quería que fuera un chico amable y encantador, no este chico osco y sucio que comía arroz con pollo lentamente...” (Enríquez, 2016, p. 16).

El chico sucio no responde al código moral y a la cultura de la clase media, y despierta en la narradora ese primer efecto de desagrado. Pero el mayor exponente de la abyección es su madre. Esta mujer joven, consumida por las adicciones y embarazada manifiesta un aspecto deformado y esquelético que recuerda a la muerte en vida. La presencia de la muerte como amenaza en la descripción de esta mujer es un anticipo de lo que ocurrirá más adelante. Se vuelve a sugerir en la referencia a San La Muerte “Allá atrás hay esqueletos” advierte el niño en una referencia ambigua que tanto puede señalar a las estampitas o altares de San La Muerte como a los niños sacrificados en rituales de magia negra y se concreta finalmente, con la aparición del cadáver del niño decapitado. Kristeva destaca especialmente a la muerte y sus figuraciones como “el colmo de la abyección” que “nos llama y termina por sumergirnos” (Kristeva, 1980, p. 11).

Pero este personaje también es heredero de una tradición de madres monstruosas, un personaje tipo del género terror “Esa mujer es un monstruo, chiquita”

dice Lala cuando conversa con la narradora. La madre monstruo es otra forma de lo abyecto porque evidencia un corrimiento de la figura materna típica, y su evolución hacia lo amenazante. Es una madre que no se reconoce como madre, en el sentido de la obligación de brindar asistencia, cuidado y amor abnegados. Por el contrario, atormenta y finalmente conduce a la muerte a sus hijos, con la finalidad de satisfacer sus necesidades provocadas por el consumo de drogas.

Para la narradora la repulsión que siente por la madre del chico sucio está fuertemente asociada a los valores de la clase media: “La madre no me gusta. No solo por su irresponsabilidad, porque fuma paco y la ceniza le quema la panza de embarazada o porque jamás la vi tratar con amabilidad al chico sucio. Hay algo más que no me gusta”. (Enriquez, 2016, p. 13) Es decir, representa el ocio, el desinterés por el bienestar de sus hijos, la familia rota en la que su rol no está definido con claridad, el depender del asistencialismo, el desborde y los excesos. En síntesis, esta mujer encarna el desvío de la normalidad, en términos de lo esperable –desde el punto de vista de la clase media– en una mujer joven embarazada y a cargo de un niño de 5 años. Es una madre que, para la narradora, no se reconoce en ese rol y por esto le genera repulsión y desagrado.

En cierto momento de la historia, cuando se vuelve inevitable su contacto con lo siniestro latente en el barrio, se opera una transformación en la protagonista. La aparición de un chico muerto, decapitado, torturado y violado, y con señas similares a las del chico sucio la conmueve. Solo un poco antes, había declarado que era consciente de “lo poco que me importaba la gente, de lo naturales que me resultaban esas vidas desdichadas” (Enríquez, 2016, p. 19). Aquí la abyección no solo se expresa en la representación de la muerte, sino en que se da de un modo bárbaro sobre un niño.

Para Vedda (2021), la representación de la violencia ejercida sobre los niños en tiempos de neoliberalismo funciona como una sinécdoque de la vulnerabilidad y el desamparo de quienes padecen este sistema socioeconómico, el cual profundiza la exclusión, la alienación, el abatimiento y la humillación, además de generar efectos sobre el medioambiente y la urbanización. A la vez, para el crítico, suele haber en la opinión pública una percepción especial respecto de los niños víctima de violencia, quienes son considerados inocentes, y cuyos sufrimientos se distinguen -ya sea de manera explícita o implícita- de los de los adultos, quienes, a diferencia de ellos, toman

decisiones y llevan a cabo acciones, lo que les confiere cierto grado de responsabilidad respecto del lugar en que se encuentran. Algo de esto parece operar sobre la narradora, quien hasta ese momento había manifestado interés pero no simpatía por el chico y movida por la culpa y el horror, llora, se emborracha, vomita. Estas excrescencias para Kristeva representan el desborde inevitable de lo abyecto que demanda “una descarga, una convulsión y un grito” (Kristeva, 1980, p. 8).

La constatación de que el chico decapitado no es el chico sucio, no trae alivio sino que amplía el horror, ante la evidencia de que no es un hecho aislado sino una constante la de los chicos que desaparecen, que son abusados y muertos en circunstancias que nunca serán esclarecidas.

El miedo que no parece haber sentido hasta entonces, invade a la narradora y se activa en ella una reacción violenta para hacer frente al horror. Si antes le había huido a la madre del chico sucio, ahora la enfrenta y la reduce con furia. A la luz de las consideraciones de Kristeva, “Hay en la abyección una de esas violentas y oscuras rebeliones del ser contra aquello que lo amenaza y que le parece venir de un afuera o de un adentro exorbitante...” (1980, p. 7). En este marco entonces, la reacción de abyección que se observa en el cuento es intensa y visceral. Aunque el ataque es sobre la mujer, también lo es contra la propia fragilidad que queda expuesta en el vínculo de la protagonista con el barrio, al que creía conocer y controlar, y que ahora le resulta extraño y perverso.

Ante la falta de ley y la amenaza al orden establecido, es la propia narradora quien intenta reestablecer el orden y castigar a los culpables. Se quiebra y enloquece, colapsa ante lo que no puede asimilar. Un último gesto de abyección, fundado en la pérdida de la estructura simbólica que le da orden al mundo.

Si la abyección es una reacción de un yo amenazado por lo otro, la restauración del orden es el fin de la abyección. En este caso, esa vuelta al orden no supone el esclarecimiento del caso de los chicos muertos, sino la comprensión de parte de la protagonista de que está fuera de lugar: “A lo mejor mi madre tenía razón. A lo mejor tenía que mudarme” (Enríquez, 2016, p. 32). A partir de esta “vuelta a la cordura”, la casa, su fetiche, pierde valor. Ahora repara en sus defectos: la luz antigua, la baja tensión. Ya no es una fortaleza que la separa del mundo lumpen, sino parte de esa misma geografía y como en “Casa tomada”, como en otras casas de Constitución, la casona ya no le pertenece: ha perdido su estatus y su valor simbólico.

Para finalizar, la abyección es una sensación vinculada directamente con el terror, por el efecto de desagrado y repulsión que provoca la exposición al miedo intenso. Es un concepto que representa un estado psicológico y también cultural, porque expresa lo que se considera impuro, inaceptable, indeseable en una sociedad. En el cuento, lo abyecto tiene connotaciones asociadas al avance de la marginalidad sobre las grandes urbes. En términos de Kristeva, lo marginal es abyecto porque perturba el orden dado, demuestra la fragilidad del sistema de organización social fundado en la norma, en la palabra convertida en ley.

A la vez, el cuento juega con el temor clásico de la clase media argentina de caer en la pobreza (un riesgo que se ha concretado más de una vez), y en sus aterradoras consecuencias: la pérdida de la relevancia social, la transformación en el descarte anónimo. De hecho, en el cuento se insiste varias veces en la idea de la pérdida de la identidad. Por ejemplo, en el hecho de que madre e hijo no tengan nombres propios, de que parezcan “muertos sin nombre”. Cuando desaparecen es como si “nunca hubiesen estado ahí”. También se refuerza en la naturalización de la pobreza, que ya fue mencionada, de parte de la propia narradora que es en cierta medida representante de la percepción generalizada de la clase media.

De este modo, entonces, en el cuento la abyección es tanto un recurso estético como también una forma de expresión de los miedos colectivos y las tensiones que están presentes en la sociedad.

## REFERENCIA BIBLIOGRÁFICA

- Enriquez, M. (2016). *Las cosas que perdimos en el fuego*. Anagrama.
- Kristeva, J. (1980). *Poderes de la perversión: ensayo sobre la abyección*. Siglo XXI.
- Vedda, M. (2021). *Cazadores de ocasos: La literatura de horror en los tiempos del neoliberalismo*. Las cuarenta.